

# «Los llamó para estar con Él y para enviarlos».

## Memoria de los orígenes de Marino

*Sante Bisignano, o.m.i.*

*Quisiera contar en pocas líneas una historia que nace de un propósito para ofrecer un signo nuevo y que aún ahora sigue reuniéndonos como “discípulos misioneros” (Papa Francisco). Es la misión del Resucitado –«como el Padre mi ha enviado a mí, yo os envío a vosotros» (Jn 20, 21)– continúa en la pequeña historia de la comunidad de los Oblatos de María Inmaculada, en Marino (Roma).*

### «Él será nuestro guía» (Sal 48, 14)

Todo comienza en 1967, un tiempo en el cual la sociedad experimenta una profunda transformación a todos los niveles. El Concilio Vaticano II había indicado afrontar el paso a una nueva época con cambios en la jerarquía de valores y en las tradiciones, a nivel social, político, cultural, religioso. Invitaba a la conversión y a fomentar la relación con las personas, los pueblos, las religiones, atentos a los signos de los tiempos.

Proponía nuevos caminos pedagógicos para la formación de los ministros ordenados, las personas consagradas y los laicos.

Los responsables de la educación a nivel mundial, la Unesco, llegaban a afirmar que los cambios eran de tal modo profundos que tocaban la misma naturaleza del hombre: «*La profunda transformación actual pone en riesgo la unidad del hombre, su futuro, su misma identidad... La situación en que vivimos es completamente nueva y no logramos encontrar precedentes*» (Relación Faure). Los miembros del Club de Roma, dirigidos por Aurelio Peccei, afrontaban el problema de los límites del desarrollo humano. El papa Pablo VI ampliaba los espacios del diálogo y de la corresponsabilidad a todos los niveles, derribando muros se-

culares, instituyendo los Secretariados para la unidad de los cristianos, para el diálogo con las religiones y el diálogo con los no creyentes, y dirigía su mirada lejos invitando a toda la Iglesia a “evangelizarse para evangelizar”.

Recuerdo las expectativas que daban vigor interior, las fatigas, las desilusiones, el florecimiento de una nueva conciencia de la vocación cristiana y de nuestras responsabilidades sociales, y en la evangelización. Se hablaba de crisis profundas e inéditas; cada persona o institución las afrontaba como una oportunidad en el paso de época o como un hecho negativo del que había que defenderse. La crisis llegó también a los seminarios. Muchos cerraron, otros se transformaron.

En este contexto, con temblor y no poco miedo, se hablaba entre algunos Misioneros Oblatos de María Inmaculada, sobre la necesidad de dar vida a algo nuevo para la formación de nuestros jóvenes, de modo que en Italia pudiésemos contar con nuevas generaciones; no bastaba cuanto habíamos hecho hasta entonces en colaboración con otros Institutos. Hablábamos con frecuencia con el P. Marcelo, sobre todo cuando pasaba por Florencia, donde se encontraba entonces la Escuela apostólica. La exigencia de nuevas opciones llevaba a pensar en una comunidad educativa que se refiriera a lo que el Concilio pedía: “volver a los orígenes evangélicos”. Con el P. Marcelo pensamos no en un nuevo seminario, sino en una comunidad de jóvenes con nosotros los adultos –que llamamos “Centro Juvenil”, un nombre que después tuvo éxito, incluso más allá de nuestra comunidad–, donde se busca juntos “vivir el Evangelio” –era el lenguaje de entonces–; una comunidad fraterna, acogedora y abierta.

El fin no eran las vocaciones oblatas, sino formar discípulos de Jesús, en su es-

cuela, fieles a la mesa de la Palabra y del Pan de vida, tratando de vivir entre nosotros su mandamiento del amor recíproco (*Jn 13, 34*); los jóvenes crecerían en madurez y, poco a poco, comprenderían lo que el Señor les pedía y serían confirmados en la vocación. Debíamos tener confianza en los jóvenes y en que podíamos vivir juntos el Evangelio, porque en Jesús habíamos llegado a ser hermanos y participábamos de su amor. Nos daba alegría leer en el Concilio que el amor recíproco era el principio de la transformación del mundo (*GS 38*) y que, por tanto, era posible llegar a la “familia de los pueblos” (*GS 40*). Lo sentíamos como una propuesta, un ideal posible y una meta ya en la experiencia de nuestra comunidad. Esto sucedió, superando expectativas, fragilidades, sueños.

Este era el objeto de nuestra oración, de nuestros esfuerzos y de nuestros sueños. No sabíamos que el Señor nos estaba preparando interiormente y creando las condiciones para un futuro. El papa Francisco habla continuamente de estar abiertos a las “sorpresas del Espíritu”. No teníamos ni casa ni un lugar, sino una promesa, cuyo deseo y confianza en la Providencia ya se había mostrado. Escribiendo hoy, revivo aquellos momentos preciosos y siento la necesidad de silencio y de oración.

**«Los llamó para estar con él y para enviarlos» (*Mc 3, 13-19*)**

Dos acontecimientos permitieron entender, poco a poco, cuál era el rostro concreto de la comunidad juvenil: acontecimientos vividos con aquella pasión que nos parecía propia de la vocación del oblatos y con un entusiasmo contagioso. El primer acontecimiento nos ofreció más clara la naturaleza y la calidad de la vida de la comunidad, el segundo fue la encarnación: la

casa, el lugar, la aprobación de los superiores, el nombramiento de dos oblatos para dar vida a la comunidad, los primeros pasos, la inserción en la vida de la familia oblata en Italia. Todo esto sucedía en un breve período de tiempo. Hago una simple alusión, con temor de Dios, porque no se trataba de una obra nuestra, sino de un don suyo para realizarlo con simplicidad, para servir a la Iglesia y a sus designios.

El primer acontecimiento fue el encuentro, en Bondone, en los montes de Trento, de un grupo de religiosos de diversos Institutos invitados por Chiara Lubich para profundizar el carisma de la unidad que ella expresaba como ideal de vida recogido en la oración de Jesús al Padre (*Jn 17, 1-26*). Todo carisma, de hecho, también el de nuestros respectivos Fundadores, es dado por Cristo como un don a la Iglesia, según el proyecto de amor del Padre, a lo largo del camino que el Pueblo de Dios cumple en la humanidad al servicio del bien, que es comunicar la Vida. Nos sentíamos todos cada vez más envueltos en este designio del *Ut Omnes*, como una llamada. Tratábamos de vivir cada jornada en comunión entre nosotros los religiosos, con nuestra identidad carismática, que íbamos descubriendo y profundizando cada vez más gracias también al nuevo carisma de la comunión. No se trataba, en un período de crisis y de esfuerzos para una renovación, de asumir lo que podía parecer útil en las dificultades, en los conflictos, en los proyectos de vida y de compromiso. Se trataba de responder, como personas consagradas, sacerdotes o laicos, a una llamada para el *Ut Omnes*, formados en la escuela del amor que brotaba del Corazón de Jesús Crucificado y Abandonado en el que la Unidad es completa. Se buscaba, en aquellas semanas de encuentro, vivir entre todos nosotros el amor recíproco, cuyo fruto era la presencia del Resu-

citado. Creo que por una gracia particular fue esta una experiencia que nos marcó profundamente y constituyó. Y esta gracia, que, con el P. Marcelo, unidos en el nombre de Jesús, pedimos para la comunidad en la que pensábamos y que nos comprometíamos en llevar a cabo: que las personas vivieran con Jesús en medio.

El segundo acontecimiento fue la apertura de la comunidad en Marino, compuesta por el P. Marino, P. Marcelo y siete jóvenes. La casa había sido puesta a disposición por la señorita Catalina Solina, que había tenido como padre espiritual al P. Armando Messuri, un oblato matado al final de la guerra precisamente en Marino donde él se encontraba, y que le hablaba siempre de la necesidad de renovar la formación. Comienza así, con la constitución de la comunidad, el Centro Juvenil, un camino de unidos en el nombre de Jesús, con inquietud, fiándonos de Él: «Llamó a los que quiso para estar con él y para enviarlos» (*Mc 3, 13-14*).

La vida se va desarrollando. En septiembre de 1969 el noviciado fue trasladado a Marino, donde aún sigue. En junio de 1974, para dar continuidad a la formación, se abre en Vermicino (Frascati), el escolasticado, donde se siguen los estudios iniciados en el Noviciado sobre el carisma del Fundador, Eugenio de Mazenod, con los denominados “Cuadernos de Vermicino”.

La comunidad, es bueno repetirlo, está donde todos se sienten hermanos, reunidos por los vínculos del amor, en la cual la Palabra habita abundantemente (*Col 3, 16*); donde se crece y trabaja juntos, en su seguimiento. Requiere afinar el arte del discernimiento y de «poseer el sentir de Cristo» (cf. *Flp 2, 5*); formamos parte de un Pueblo peregrinante que conoce la belleza y la fecundidad del Sí y el peso condicionante del No, explícito o enmascarado, que prefiere los propios caminos autoreferen-

ciales a la libertad en la verdad y en el amor. La comunidad se construye en torno a Cristo Señor, «*en el que toda construcción crece hermosa y ordenada para llegar a ser templo santo de Dios*» (Ef 2, 21). La irradiación de la vida se hace mediación y llamada. Durante todos estos años ha sido un signo profético de cómo nos fiamos de Dios y nos apoyamos sobre el Evangelio vivido. Dios atrae y hace nacer nuevas llamadas por un don que ni siquiera se puede imaginar.

**«Para que vayáis y deis fruto y vuestro fruto dure» (Jn 15, 16).**

Creo que la memoria de los orígenes y de los desarrollos de Marino –nacido no en Marino, sino sobre las montañas de Trento– no puede sino convertirse en oración, en comunión con el papa Francisco, para

que el Señor nos haga ser un signo que concurra a golpear los corazones con el amor y a “despertar el mundo”. Pienso en los oblatos de Marino y de Vermicino que han marchado a América, a Uruguay y a Venezuela, que trabajan en Tailandia, en Corea, en China, en Laos, y también en Senegal y en Guinea Bissau, en la República del Congo o en Camerún, en España y en Francia, en Lourdes y en Aix-en-Provence. Y allí donde el Señor nos ha llamado, en Italia o en otros servicios para la Iglesia y la misión.

Permanecemos abiertos a las sorpresas del Espíritu para ayudar a la humanidad a renovarse y descubrir su propia dignidad.

*«Aunque el número es reducido, sus acciones son la de abrazar, en sus santos deseos, la inmensa extensión de la tierra»* (san Eugenio de Mazenod, 1818).

*"Subió al monte y llamó a los que Él quiso: y vinieron donde Él. Instituyó Doce para que estuvieran con Él, y para enviarlos a predicar con poder de expulsar los demonios" (Mc 3, 13-19).*

Merece la pena notar que el evangelista quiere dar un tono solemne a la ocasión de la designación de los Doce. Subió al monte: es ésta, simbólicamente, una declaración de experiencia teofánica. Y nombró a los Doce, recordando las doce tribus de Israel. El texto griego emplea "ejpoivhsen", término que indica una constitución.

Inmediatamente después vemos aquello que podría llamarse el "acto constitutivo de la misión de los apóstoles". Entre los puntos mencionados, el primero es estar con Él.

Antes de indicar que los apóstoles debían ir a predicar y darles poder sobre los demonios, el evangelista quiere que sepamos que los doce han sido llamados a estar con Jesús. Son los amigos, los compañeros y los íntimos de Jesús. Durante su vida terrena, nuestro Señor deseó tener a personas que estuvieran cerca de Él. Y a éstos develaría los secretos de su reino y de su corazón. Y mientras que a la muchedumbre habla en parábolas, a éstos les revela los misterios del reino de Dios (cf Lc 8,10).

P. Caesar Atuire, *Catholic.net* .